

Centro de Espiritualidad Pedro Arrupe (CEPA)

Una propuesta de la Iglesia en Cuba

Por BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA, S.J.

Un deseo de ayudar.

El Centro de Espiritualidad Pedro Arrupe nació con el deseo de ayudar en la formación espiritual de los cristianos de Cuba, de manera especial en los laicos, pues los sacerdotes, religiosos y religiosas tienen más facilidades para acceder a esta formación. No se trata de dictar sólo cursos teóricos de espiritualidad, que ciertamente son bien necesarios, sino de ofrecer una pedagogía concreta, un proceso de encuentro profundo con Dios prolongado a lo largo de dos o tres años, bien acompañado, que marque de manera definitiva la vida. En la Iglesia actual también los laicos buscan una experiencia mística que les dé sentido y dinamismo para vivir la fe con creatividad frente a los complejos desafíos de la ciudad secular. Se suele decir que no estamos en una época de textos, sino de testigos.

Dios se comunica de muchas maneras con cada persona. Nosotros ofrecemos un camino concreto, la espiritualidad de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola, con toda una serie de modalidades que más adelante explicaré. Es un intento modesto que deseamos ver crecer poco a poco. Detrás de este intento hay varios presupuestos.

Un punto de partida.

Nos ha inspirado la frase profética de Karl Rahner repetida con frecuencia: “El cristiano del futuro será místico o no será cristiano”. En esta época de transición a la posmodernidad, ya no es posible mantener la fe sólo apoyada en una buena formación intelectual,

en un buen conocimiento catequético, sino que es necesaria la experiencia mística. Pero la mística, en la tradición de la Iglesia, siempre ha dialogado con la ascética. Una mística sin ascética es una ingenuidad que puede perderse en el vacío. Una ascética sin mística es un voluntarismo rígido y acartonado que repele. La ascética tiene que estar unida por el fervor de la mística, y la mística tiene que estar encarnada en la realidad por el rigor de la ascética. Hay que reconocer que hoy se habla poco de ascética, pero hay que darle un nuevo contenido a esa palabra. La siguiente parábola nos puede ayudar a comprender esta articulación de la ascética y de la mística:

“El reino de Dios se parece a una bailarina atravesando el aire en pleno vuelo con sus brazos extendidos. En ese gesto de ave prodigiosa que desafía las leyes del cuerpo y del espíritu, se une el propio esfuerzo de los gestos mil veces repetidos con el don de una inspiración que le llega libre como regalo desde el misterio de la vida. La inspiración ha encontrado un cuerpo disponible y ágil donde encarnarse, y el esfuerzo se ha transformado en belleza y gozo por la gracia que lo inspira desde dentro”.

Todo lo que no tiene inspiración, lo que no es don, regalo surgiendo por el mismo centro de nuestras vidas, no es más que un salto en el aire de corta duración.

“En un cuento de Grimm se celebra un concurso de fuerza entre un gigante y un sastrecillo. El gigante lanza una piedra a una altura que tarda mucho

tiempo en caer. El sastrecillo suelta un pájaro que no cae. Lo que no tiene alas, acaba siempre por caer”. (Simone Weill; *A la espera de Dios*, Madrid, Ed. Trotta, 2004, p.119).

Este lenguaje es bien bíblico. “Los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas, echan alas como las águilas, corren sin cansarse, marchan sin fatigarse” (Is 40,31). Este es el lenguaje del profeta a los judíos abatidos después de cuarenta años en el exilio de Babilonia sin aparente retorno. Sólo las alas les permitirán remontar el cerco del destierro.

El aire cultural que respiramos.

En los cubanos confluyen hoy diferentes dinamismos culturales que se combinan en cada persona de manera muy particular, casi imposible de discernir. La experiencia de Dios se da en este contexto. Dios no sólo está presente en la intimidad de las personas. El Espíritu también está presente en las diferentes culturas y religiones. Como ha dicho Juan Pablo II,

“La presencia y la acción del Espíritu no conciernen solamente a los individuos, sino a la sociedad y la historia de los pueblos, las culturas, las religiones” (*Redemptoris missio*, 28 c).

a) En Cuba hay *premodernidad*, con una visión mágica y religiosa de la realidad habitada por diferentes espíritus con los que hay que relacionarse. Las religiones sincréticas son una buena expresión de premodernidad. La santería goza de buena salud, tanto dentro como fuera de Cuba. Hace algunos años me

sorprendió encontrarme en la Puerta del Sol, centro simbólico de Madrid, una tienda de santería cubana. En mi último viaje a Miami sólo me hicieron dos preguntas en la aduana: ¿Viene de Cuba? ¿Trae objetos de santería?

b) El proyecto revolucionario se sitúa en *la modernidad*. Busca un cambio de la sociedad mediante la racionalidad científica y técnica, dentro del socialismo, una de las dos grandes ideologías que han marcado el siglo XX. En las primeras décadas impuso un ateísmo de Estado, pero después se confesó laica. En nuestras comunidades cristianas encontramos hoy personas que creen en la evolución de este proyecto revolucionario y otras que lo rechazan abiertamente.

c) En Cuba hay también *posmodernidad*. Aunque existe un control muy grande de los medios de comunicación, la nueva cultura global generada en los países ricos del mundo, llega a todas

partes. Las antenas y parábolas nunca duermen. Los sociólogos hablan con metáforas de esta realidad compleja. Vivimos en “un mundo fragmentado” (Ulrich Beck), en un “mundo desbocado” (Anthony Guiddens), en un “mundo líquido” (Zygmund Bauman). Son imágenes de cambios profundos y acelerados, de los que nosotros hemos perdido el control en gran medida, y que generan “identidades inciertas”. El cine, la música, las telenovelas, los turistas, los familiares y amigos que viajan fuera de Cuba, los objetos de consumo, transmiten esta cultura de manera explícita o disfrazada. Muchos jóvenes andan hoy con su *pen drive* en el bolsillo como si fuese su carnet de identidad, y copian todo tipo de videos y noticias que son expresión de esta cultura. Este proceso es creciente e indetenible, pues la posmodernidad se filtra por los poros de los controles más rigurosos.

Estos tres dinamismos culturales van cayendo unos sobre los otros, como estratos superpuestos, sin estar integrados, y tienden a crear personas que viven con mucho ruido dentro. Cuando se presenta un momento de crisis, se quiebran.

La mística.

Entiendo por mística una experiencia profunda de encuentro con Dios, que alcanza toda la persona, integrándola, y que al mismo tiempo nos integra en la realidad donde se construye el reino de Dios. Podemos hablar de una “mística de ojos cerrados” y una “mística de ojos abiertos”.

a) La “**mística de ojos cerrados**” nos conduce a un encuentro con Dios en lo más profundo de nuestra intimidad. “El centro del alma es Dios”, decía audazmente San Juan de la Cruz. Toda vida humana está abierta a la trascendencia. Desde el primer momento de mi existencia comienzo un diálogo con Dios que nunca cesa. Dios tiene para mí una palabra, un afecto, un proyecto, que nunca dirige a ninguna otra persona y cuando yo me dirijo a Dios, él no confunde mi acento con el de ninguna otra criatura en todo el universo. En ese diálogo se va construyendo la persona en su propia originalidad

irrepetible. A medida que cada uno encuentra su propia originalidad se siente feliz, él mismo, integrado. El encuentro con Dios nunca se detiene, es un proceso en el que nosotros nos adentramos cada día más en el abrazo de Dios y Dios se adentra cada vez más en cada uno de nosotros.

Esta experiencia implica a toda la persona: cuerpo, pensamiento, afectividad y decisión. El Hijo se hizo carne, palabra e imagen del Padre accesible a los sentidos, con la posibilidad de contemplarla, de verla y abrazarla como dice San Juan (1 Jn 1,1-4). La experiencia de Dios resuena en nuestro cuerpo y se expresa con el cuerpo. El Hijo es la sabiduría de Dios y con imágenes y razones vamos dejando que su sabiduría configure nuestro pensamiento. En el centro de la persona está la afectividad. *Amor meus, pondus meum* decía San Agustín. Lo que amamos, lo que deseamos intensamente va configurando nuestra persona desde dentro e inclinándola en un sentido determinado. En nuestra decisión intentamos realizar la propuesta de Dios, la novedad que él nos ofrece como salvación para nosotros y para los demás. Esta experiencia de Dios configura e integra toda nuestra persona desde nuestra hondura. Nada queda fuera del alcance de Dios. En el lenguaje de Ignacio de Loyola, Dios se encuentra con la persona “abrazándola en su amor”. (*Ejercicios Espirituales* 15,4) En el abrazo de Dios nos unificamos, y podemos sanarnos de desintegraciones y de rupturas.

b) También necesitamos “**la mística de ojos abiertos**”. La “mística de ojos cerrados” no es suficiente. La experiencia de Dios no nos encierra en una burbuja aséptica, sino que nos lanza a la complejidad de lo cotidiano. La mística no es tener visiones, sino tener una visión nueva de la realidad. En el encuentro con el cosmos, con el otro, con la historia y con la comunidad, se verifica la verdad y la hondura del encuentro con Dios. En el amor y el respeto con que alguien habla de las cosas materiales, podemos ver la verdad de su experiencia espiritual.



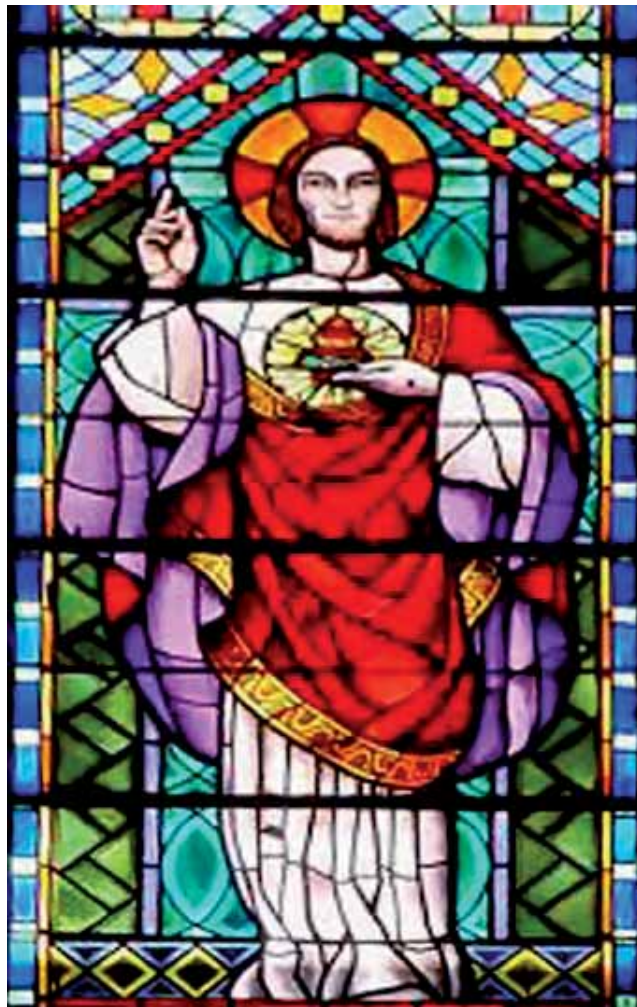
BÚSQUEDA

El desafío para la mirada contemplativa es descubrir a Dios en la profundidad de lo real, como su verdad más honda. A veces se dice que los místicos no son realistas, pero tal vez son los más realistas, pues ven cómo Dios trabaja en la hondura de lo real, como su dinamismo más hondo. Para descubrirlo tienen que fijarse en las cáscaras brillantes, duras o amargas de lo real, sin esquivarlas, para disolverlas con la mirada contemplativa y descubrir esa presencia activa de Dios que asume el dolor del mundo y crea sus mejores posibilidades. “Sólo un Dios que nos ama hasta cargar con nuestras heridas y nuestro dolor, sobre todo del inocente, es digno de fe” (Benedicto XVI, mensaje *Urbi et Orbi*, Pascua de 2007). El que carga está bajo la carga. Descubrir a Dios bajo la carga es el desafío principal de la “mística de los ojos abiertos”, pues descubrirlo y cantarlo en la belleza y en el amor, es más fácil.

Esta manera de hablar no es nada nuevo. Ya en el Libro de los Números (24,1-4), se dice del pintoresco profeta Balaán que era “un hombre de ojos perfectos”, que contemplaba “visiones del Todopoderoso, en éxtasis, con los ojos abiertos”. Este profeta, que no era judío, fue llamado por el rey Balac para que profetizase contra el pueblo judío acampado en el valle y lo maldijese. Pero Balaán veía ese pueblo bendecido por Dios y no lo maldijo. Era un profeta de ojos perfectos porque sabía ver la profundidad de lo real, y era libre para mirar lo que Dios estaba haciendo, sin perturbarle la mirada, ni las amenazas del rey, ni la riqueza que le ofrecía.

También Isaías en el fondo del exilio de Babilonia, largo, duro y aparentemente sin salida, invita al pueblo a abrir sus sentidos para percibir cómo Dios trabajaba en el fondo de esa realidad: “No recuerden lo de antaño, no piensen en lo antiguo; miren que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notan?” (Is 43, 18-19) Frente al pensar y recordar, con estribillos obsesivos, propone mirar, notar, abrir los sentidos para percibir lo nuevo que Dios realiza.

Juan el evangelista pone en boca de Jesús una afirmación profundamente



iluminadora, cuando los dirigentes judíos lo increpan por curar en sábado al enfermo de la piscina de Betesda que llevaba 38 años en su camastro: “Mi Padre hasta el presente sigue trabajando, y yo también trabajo” (Jn 5,17). “Un hijo no puede hacer nada de por sí, tiene que verlo hacer al Padre. Así, cualquier cosa que éste haga, también el hijo la hace igual, pues el Padre quiere al Hijo y le enseña todo lo que él hace” (Jn 5,19-20). Jesús hace lo que ve hacer al Padre, crear salud y vida en el enfermo, porque el Padre se lo muestra. Este es el fundamento de la mística de los ojos abiertos. Ver cómo Dios trabaja en la realidad, porque él nos lo muestra, para actuar de la misma manera, para colaborar con él uniéndonos a su acción, pues necesita de nuestras manos y nuestra creatividad, sin poder distinguir dónde acaba nuestra mano, dónde comienza

la suya y cómo se unen las dos. No hay contemplación de la realidad sin implicación en la realidad.

Pero Jesús también tiene sensibilidad, como los antiguos profetas, para ver lo que hace sufrir y destruye al pueblo. Lo expresa con claridad y con fuerza. Jesús llora sobre la ciudad de Jerusalén cuando pasa en medio de los edificios espléndidos porque ve los dinamisismos de muerte que se mueven por el fondo del pueblo y que lo llevarán a la destrucción: “¿Si también tú comprendieras en este día lo que lleva a la paz! Pero, no, no tienes ojos para verlo”. De Jerusalén no dejarán “piedra sobre piedra”. (Lc 19, 41-44). La confrontación de Jesús con el sistema de la sinagoga atraviesa todo el Evangelio.

BÚSQUEDA



Hoy tenemos que aprender a descubrir a Dios en la ciudad secular. Es posible que, como dice Mírcea Eliade, lo religioso haya emigrado a lo profano. Existen muchas expresiones deportivas, artísticas, políticas..., en las que podemos percibir pálidos destellos de lo sagrado.

Para descubrir a Dios en la realidad, el desafío es aprender a mirar debajo de las superficies, no quedarnos prisioneros de las apariencias. El poeta Luis Rosales compuso muchos poemas bellos sobre el mar. Percibía los colores, el movimiento, los aromas... Un día fue invitado a presenciar la pesca del atún. De repente un pescador señaló con el dedo el mar y dijo: "Allí hay 40 ó 50 atunes". El poeta miró con toda su sensibilidad pero no los vio. Su sensibilidad no era la del pescador. Él sólo veía la superficie, el pescador veía la profundidad del mar. Este hecho nos sugiere lo que es la sensibilidad del contemplativo, él ve lo que se mueve en la hondura de la realidad donde el Espíritu trabaja sin descanso creando futuro nuevo.

Sólo al percibir a Dios actuando en nuestra realidad cubana, de la que muchos se van con ausencias físicas o virtuales, es posible sembrarse y echar raíces que nos permitan alimentarnos

con el dinamismo del reino que corre por el fondo de esta frontera en que vivimos, para permanecer en ella y amarla de manera creadora. La poetisa cubana Dulce María Loynaz expresa bellamente esta necesidad de arraigarse en la oscuridad de la tierra, como principio de toda fecundidad:

"Sólo clavándose en la sombra, chupando gota a gota el jugo de la sombra, se logra hacer para arriba obra noble y duradera. Grato es el aire, grata es la luz; pero no se puede ser todo flor..., y el que no ponga el alma de raíz, se seca" (Dulce María Loynaz, *Poesía*, "Poemas sin nombre", La Habana, Letras Cubanas, 2002, p. 101).

La ascética.

La ascética tiene hoy poca prensa y mala imagen. Se habla más bien de vivir con naturalidad, con espontaneidad, pero ¿qué YO expresamos con la espontaneidad cuando nuestro yo está "saturado y colonizado" por todas las sensaciones que constantemente llegan a nuestros sentidos y se van adueñando de nuestra vida, matando la pasión creadora y provocando adicciones, compulsiones o sumisiones acrílicas? (Cfr. Kenneth J. Gergen, *El yo saturado*, Barcelona, Paidós, 2006).

Hay que reconocer que la ascética cayó con frecuencia en excesos evidentes. Se vivió en una dicotomía pensando que el cuerpo es malo y hay que esconderlo y castigarlo. Era voluntarista y acentuaba tanto el propio esfuerzo que podía llevarnos a vivir rígidos y crispados. Había mucho dolor y se creía que lo que salva es el dolor y no el amor que está dispuesto a llegar hasta la cruz, o que Dios tiene asignadas cuotas de dolor y de sacrificio para alcanzar las gracias necesarias, como si el dolor fuese la moneda para negociar con Dios, cuando él nos lo da todo gratuitamente. Había personas que se sentían mal porque se sentían bien, contentas, sin sufrir. Podíamos vivir bajo el temor a disfrutar de las cosas buenas que Dios crea para re-crearnos, como las playas o una buena comida.

Entonces, ¿qué es la ascética? Es estar disponibles para Dios. Para acoger en cada momento su novedad imprevisible, la que propone a mi originalidad, tanto en los tiempos de oración como en cualquier encuentro o situación de la vida cotidiana. Para ello necesitamos estar física, psicológica y espiritualmente disponibles, abiertos, ágiles, ejercitados. De ahí viene el nombre de Ejercicios Espirituales.

Estar disponibles supone una serie de prácticas concretas de oración, de discernimiento, de darnos cuenta de los dinamismos que se están moviendo en nuestra intimidad. Y supone también un conjunto de actitudes: deseo de entregarse a Dios enteramente; disposición de abnegación (renunciar a cualquier proyecto personal para escoger la nueva propuesta de Dios); de mortificación (dejar morir cosas agradables y buenas que no están dentro del mayor servicio); de humildad, pues somos conscientes de nuestra propia fragilidad y de la influencia que tiene en nosotros la cultura que respiramos.

Hoy existe una ascética secular. Me fijo de manera especial en las culturas consumistas. Mucha gente es capaz de pasar la noche entera a las puertas de un supermercado para ser de los primeros en entrar el día de las rebajas y

BÚSQUEDA

comprar un electrodoméstico más barato. Grupos de jóvenes pasan varias noches de invierno en tiendas de campaña en una cola para conseguir buenas entradas para un concierto de música. Muchos se someten a las penitencias de un instructor de gimnasia para controlar unos gramos en el abdomen o recorren el viacrucis de repetidas cirugías para reciclar constantemente el cuerpo y cuidar la apariencia hasta el escrúpulo. Los fanáticos del fútbol gastan los ahorros para comprar unas entradas y viajar con su equipo hasta una ciudad lejana. Muchos ejecutivos se someten a ejercicios tediosos en el gimnasio para energizar el cuerpo y poder competir y escalar puestos en la escala de mando o de la celebridad pública.

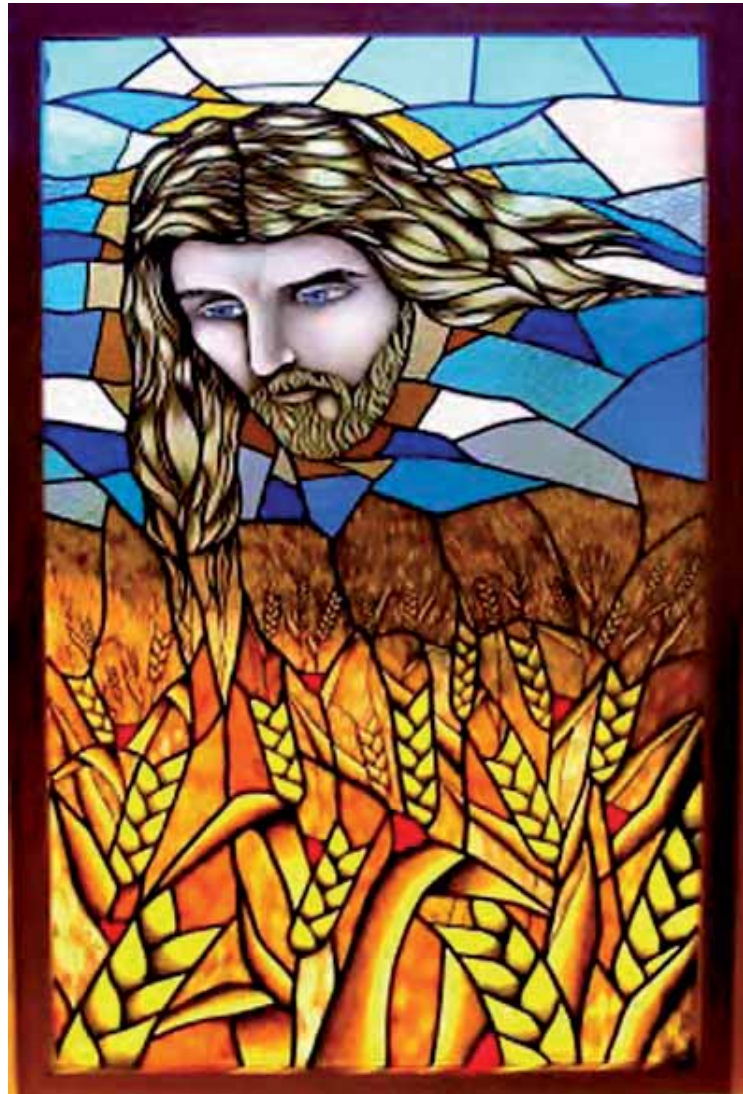
La “mística de los ojos cerrados”, necesita espacios, tiempos, modos y ritmos apropiados que hay que cuidar. A lo largo de toda la Biblia vemos cómo el desierto fue un espacio privilegiado para tomar distancia de los estímulos que habitualmente llegan a nuestros sentidos, para que al cesar los estímulos externos habituales se activen los estímulos internos, y podamos escucharlos con nitidez para saber lo que hay dentro de nosotros, tanto las corrientes subterráneas que se mueven de manera clandestina en nuestra intimidad, sin ser capaces de darles nombre, como las propuestas del Espíritu que llegan hasta nosotros con la sorpresa de Dios. En el desierto suelen aparecer “los demonios” que llevamos en nuestra intimidad o los que llegan desde fuera intentando adueñarse de nuestro futuro. Un cierto combate espiritual es inevitable. Jesús mismo aparece en los evangelios orando en el desierto y la soledad, al amanecer o la noche, para encontrarse con el Padre, para alimentar su originalidad y encontrar la propuesta del Padre, tomando decisiones que a veces desconcertaban a sus seguidores. En el desierto siempre ha habido maestros del espíritu que ayuden a clarificar los caminos, pues todos necesitamos el sacramento del hermano para ver lo que nosotros solos no logramos ver.

También necesitamos maestros para la mística de los ojos abiertos. Entre otras escuelas de espiritualidad, la mística

ignaciana nos puede ayudar en este sentido. Los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola nos van cambiando el corazón para liberarnos de afecciones desordenadas, y nos van cambiando toda la sensibilidad para percibir a través de los sentidos cómo Dios trabaja en toda la creación y en la historia. Lo que nos posibilita este cambio es la contemplación de la persona de Jesús con todos nuestros sentidos. Ignacio decía: que debemos ejercitarnos en buscar y hallar a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios, con una relación de amor: “A Él en todas amando y a todas en Él” (CC 288). En toda realidad Dios trabaja y toda realidad está en su corazón. No hay situación ni persona

donde Dios no esté y no pueda ser encontrado. Es la diafanía de la realidad, la transparencia de las personas y las cosas. Como decía Teilhard de Chardin: “No hay realidad profana para el que sabe ver”.

En la cultura actual, tanto en Cuba como en cualquier parte del mundo, aunque con contenidos diferentes, los medios audiovisuales llegan sin receso a nuestros sentidos para configurar nuestra mirada y toda nuestra sensibilidad. Constantemente, en las salas de edición y en los laboratorios, se están elaborando “sensaciones seductoras” para que entren por las puertas de nuestros sentidos, se alojen en nuestra intimidad, se conviertan en “sensaciones seduci-



BÚSQUEDA

das” que se siembren en las apetencias siempre latentes de nuestras necesidades naturales o artificiales, y se vayan adueñando de nuestra manera de percibir la vida, de nuestros sentimientos y de nuestras decisiones. La realidad está delante de nuestros sentidos, pero hay muchas maneras diferentes de percibirla y codificarla.

Ante nuestra realidad concreta debemos tener la sensibilidad despierta, disponible, no sólo para percibir las dificultades, los problemas, sino también las posibilidades, los dinamismos evangélicos que hay en medio de nuestro pueblo y de manera especial, de todo lo nuevo que brota en las comunidades cristianas. Pero esta mirada, esta sensibilidad, no es algo espontáneo, supone “ejercitarse” en descubrir a Dios en todas las cosas, implica todo un camino ascético y místico. Rilke, expresa con su sensibilidad de poeta, esta experiencia de Dios en lo real a través de nuestros sentidos diseñados para descubrirlo:

“Oh Tú, Dios Vecino..., mis sentidos, que pronto se tullen, separados de ti están sin patria”. (Rainer Maria Rilke, “Libro de la vida monástica”, 6, en *Nueva antología poética*, Madrid, Espasa, 1999, p. 82).

La oferta del CEPA.

1) El centro de Espiritualidad ofrece la posibilidad de recorrer este camino espiritual, místico y ascético, de manera preferente a los laicos y laicas. Ofrecemos un espacio y un tiempo, una metodología, un acompañante que pueda orientar y clarificar el proceso en un diálogo de transparencia, talleres y lecturas que ayuden a comprender y profundizar la experiencia que se vive. Algunos de los que hagan este camino serán formados para ser también ellos acompañantes de Ejercicios en sus propias comunidades.

2) Describo el final del proceso y las etapas para llegar hasta esta meta.

- El objetivo final es que un buen grupo de personas puedan hacer los Ejercicios completos de San Ignacio, el mes entero en silencio. Como es muy difícil que un laico pueda sacar un mes entero disponible, se hace en tres etapas de 9 ó 10 días, dentro del CEPA.

Al mismo tiempo se va realizando una serie de talleres que ayuden a que los ejercitantes comprendan lo que están viviendo y cómo podrían ayudar a otras personas para que recorran el mismo camino. Doce personas han realizado este itinerario completo y algunas de ellas ya ofrecen Ejercicios Espirituales. Otras se encuentran en el camino.

- Otra modalidad de hacer los Ejercicios completos, es en sus casas, mientras viven las actividades cotidianas en la vida laboral y familiar. Hacen oración personal cada día, examinan cada noche las mociones que han sentido durante el día y se encuentran cada semana con su acompañante. Suele durar aproximadamente un año. A lo largo de este año pasan algunos fines de semana en el CEPA para resumir y relanzar el proceso.

3) Son pocas las personas que pueden realizar este camino completo. Pero otras hacen los Ejercicios más leves con mucho provecho. La forma más suave de Ejercicios Espirituales es pasar un fin de semana en silencio en el CEPA. Otra modalidad es la de hacer el proceso un poco más profundo a lo largo de tres fines de semana seguidos, o pasar ocho días seguidos de retiro. En todas estas formas más leves, vamos descubriendo los candidatos que pueden llegar al mes de Ejercicios.

4) En épocas especiales del año, como en cuaresma y adviento, ofrecemos retiros más sencillos en las parroquias que lo soliciten.

5) Al mismo tiempo el CEPA también realiza talleres de oración, de discernimiento, de diálogo entre la espiritualidad, la psicología y la cultura.

6) En la medida en que nos es posible, brindamos acompañamiento espiritual y psicológico permanente.

7) Ofrecemos una biblioteca de espiritualidad que está ahora en proceso de organización y ampliación.

8) Hemos ido elaborando una serie de materiales audiovisuales que nos ayudan. También hemos publicado en la Editorial Sal Terrae, de España, algunos libros que nos servirán de base para ofrecer talleres abiertos a los que lo deseen para crecer en la experiencia de Dios. En algunas ocasiones hemos encontrado la manera de hacer accesibles a los laicos estos materiales de lectura a precios subsidiados y buscamos los recursos para que en el futuro también puedan adquirirlos, pues existe poco material de teología espiritual.

9) Fuera del CEPA, a lo largo del año nos desplazamos a otras provincias para dar Ejercicios a laicos, religiosas y religiosos. También fuera de Cuba.

10) Con los laicos que han hecho el proceso de los Ejercicios completos, con algunas religiosas de espiritualidad ignaciana y los jesuitas, vamos haciendo pequeños grupos que ofrecen los Ejercicios en Camagüey, Cienfuegos y Santiago de Cuba.

11) Actualmente, durante seis meses, vienen a nuestro Centro de Espiritualidad sacerdotes jesuitas jóvenes de América Latina y de España para hacer su última etapa de formación antes de la profesión perpetua. Durante estos meses las demás actividades del CEPA las realizamos fuera de esta casa. Esta experiencia ha resultado muy prometedora. La vida de las comunidades cristianas y la ecología humana de Cuba, ofrecen un espacio muy apropiado. La Iglesia de Cuba no sólo pide ayuda a las Iglesias de fuera, también ofrece su propia experiencia de Dios.

Un pequeño grano de mostaza.

Como el pequeño grano de mostaza, el CEPA se va consolidando lentamente, adaptándose a las circunstancias difíciles de nuestra realidad. Pero ya hemos comprobado que es posible recorrer estas etapas que ofrecemos, y eso nos anima a seguir y profundizar este camino. Estamos preparando una Casa de Ejercicios en Juanelo (La Habana), con más capacidad y mejores condiciones para proponer esta experiencia a más personas, y al mismo tiempo para brindar la casa a otras comunidades que necesiten esos espacios, tan escasos actualmente en Cuba, para trabajar la mística de laicos y laicas según la rica variedad de espiritualidades de nuestra Iglesia.



BÚSQUEDA